

D. MANUEL (*aparte*).—¿Por qué permanecer aquí martirizado por la duda y los temores? Voy sin perder instante al encuentro de la luz y la certidumbre. (*Hace que se va.*)

D. CÉSAR (*vuelve*).—Espera, Manuel; quiero seguirte.

D. MANUEL.—No me sigas, aguarda. Nadie me siga!

D. CÉSAR (*le mira sorprendido*).—¿Qué le ha pasado á mi hermano? Dímelo, madre.

ISABEL.—Lo ignoro; ya no es el mismo á mis ojos.

D. CÉSAR.—Vuelvo, madre mía, porque en el ardor de mi celo, olvidé pedirte una señal para darme á conocer á mi hermana. ¿Cómo encontrar sus huellas sin saber de qué sitio la han robado los corsarios? Nómbrame el convento en que estaba encerrada.

ISABEL.—Es un convento consagrado á santa Cecilia. Se oculta en el bosque que se extiende sobre las laderas del Etna, como para hacerle callado asilo de las almas.

D. CÉSAR.—Ten valor, madre mía! Fía en tus hijos. Yo te traeré á mi hermana, aunque haya de buscarla en todos los mares y en todos los países! Una cosa me aflige sin embargo, madre mía. Dejé á mi desposada bajo extraña protección! Sólo á ti puedo confiar el precioso depósito: voy á presentártela, la verás, y en sus brazos, sobre su tierno corazón, olvidarás tus inquietudes y tus sufrimientos.

ISABEL.—¿Cuándo cesará la antigua maldición que pesa sobre nuestra casa? Pérfido genio burla mis esperanzas, y su envidiosa rabia no se ve nunca satisfecha. Me creía cerca del puerto, confiaba con gran seguridad en las que me parecían firmes prendas de ventura, y calmadas todas las borrascas, veía con alegres ojos la tierra alumbrada por los rayos del sol poniente, cuando se alza una tempestad en el cielo sereno, y me fuerza á luchar nuevamente contra las olas.

(*Retrase al interior del palacio; Diego la sigue.*)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

La escena representa un jardín

LOS DOS COROS, después BEATRIZ.—El coro de don Manuel avanza con aparato de fiesta, llevando guirnaldas de flores, y el tocado de la novia antes descrito.—El coro de don César quiere impedirle la entrada.

I.^{er} CORO - CAYETANO .

BIEN harás en dejar este lugar.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Sí, cuando más poderoso señor lo exija.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Deberias comprender que tu presencia es importuna.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Ya que eso te disgusta, me quedo.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Este es mi puesto. ¿Quién se atreve á detenerme?

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Yo, que mando aquí.

I.^{er} CORO - CAYETANO.—Don Manuel, mi señor, es quien me envía.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Por orden del mío estoy aquí.

1.º CORO - CAYETANO. — El más joven debe ceder al mayorazgo.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — El mundo pertenece al primero que lo ocupa.

1.º CORO - CAYETANO. — Oh tú, á quien aborrezco: vé; sal de estos lugares!

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Mas no sin haber medido nuestros aceros.

1.º CORO - CAYETANO. — ¿He de encontrarte siempre en mi camino?

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Donde me plazca puedo desafiarte.

1.º CORO - CAYETANO. — ¿Por qué estás aquí escuchando y espiando?

2.º CORO - BOHEMUNDO. — ¿Por qué preguntas y ordenas?

1.º CORO - CAYETANO. — No vine aquí á hablarte ni responderte.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Y yo no me digno dirigirte la palabra.

1.º CORO - CAYETANO. — Mancebo, respeta mi edad.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Mi ardimiento es tan probado como el tuyo.

BEATRIZ (*sale precipitadamente*). — ¡Infeliz de mí! ¿Qué quieren esos hombres de siniestro aspecto?

1.º CORO - CAYETANO (*al segundo*). — Te desprecio á ti, como desprecio tus orgullosos alardes.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — El señor á quien sirvo vale más que el tuyo.

BEATRIZ. — ¡Ah, infeliz, infeliz de mí! ¡Si ahora viniese!

1.º CORO - CAYETANO. — Mientes: don Manuel le supera en mucho.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Mi amo le lleva ventaja en todos los combates.

BEATRIZ. — Va á venir. Esta es la hora.

1.º CORO - CAYETANO. — Si no fuera mi amor á la paz, me haría justicia.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — El temor y no la paz enfrena tu cólera.

BEATRIZ. — ¡Oh! ¿por qué no está á mil leguas de aquí?

1.º CORO - CAYETANO. — Temo la ley; mas no tus necias amenazas.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Haces bien: la ley es el recurso del cobarde.

1.º CORO - CAYETANO. — Empieza, pues, y te imitaré.

2.º CORO - BOHEMUNDO. — Desnuda está la espada.

BEATRIZ (*en la mayor ansiedad*). — Van á reñir; brillan los aceros. ¡Oh potencias celestiales! contened sus pasos, ponéos en su camino, imponedle retardos y obstáculos, enredad sus piés para que no llegue en este instante. Ángeles santos á quienes conjuré á que le trajeseis, no escuchéis mi plegaria, llevadle lejos, muy lejos de aquí.

(*Vase en el momento en que los coros llegan á las manos.*)

—Sale don Manuel.)

ESCENA II

DON MANUEL, EL CORO

D. MANUEL. — ¿Qué es lo que estoy viendo? Detenéos.

1.º CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO (*al segundo*). — Avanza! avanza!

2.º CORO - BOHEMUNDO, ROGER, HIPÓLITO. — Mueran! mueran!

D. MANUEL (*se adelanta entre ellos con la espada desnuda*). — Detenéos!

1.^{er} CORO - CAYETANO.—El príncipe!

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Es su hermano. Haya paz!

D. MANUEL.—Sin vida dejo al primero que quiera continuar el combate, ó al que sólo amenace con una mirada á su adversario... ¿Estáis dementes? ¿Qué demonio os impele á reavivar la hoguera de nuestras antiguas discordias, que deben extinguirse para siempre? ¿Quién empezó el combate? Hablad; quiero saberlo.

1.^{er} CORO - CAYETANO, BERENGUER.—Estaban aquí...

2.^o CORO - ROGER, BOHEMUNDO.—Venían...

D. MANUEL (*al primer coro*).—Habla tú.

1.^{er} CORO - CAYETANO.—Aquí veníamos, príncipe, trayendo el tocado de la novia, como nos habías ordenado. Dispuestos para una fiesta, como ves, y no para el combate, seguíamos en paz nuestro camino sin pensar en ninguna agresión, fiados en la alianza jurada; mas hemos encontrado á esos hombres acampados aquí como enemigos impidiéndonos con violencia el paso.

D. MANUEL.—¡Insensatos! ¿Por ventura ningún asilo está al abrigo de vuestro ciego furor? ¿Vuestro odio ha de penetrar hasta la silenciosa mansión de la inocencia y ha de turbar la paz que en ella impera? (*Al coro segundo.*) Retírate; secretos existen que no permiten tu estancia en estos sitios. (*Viendo que el coro vacila.*) Retírate; tu señor te lo ordena por mi boca, porque ahora tenemos un alma sola y un solo pensamiento. Mis órdenes son las tuyas. Anda. (*Al primer coro.*) Tú quédate y guarda la entrada.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—¿Qué hacer? Los príncipes están reconciliados, es cierto.... Entrometerse con ardor en sus violentas querellas sin ser llamado, fué con frecuencia más peligroso que útil; porque cuando los grandes están cansados de combatir, echan sobre el hombre oscuro y confiado que les sirvió las sangrientas apariencias del crimen, y se muestran ellos

inmaculados. Dejémoslos, pues, que busquen entre ellos un pacífico acuerdo. Pienso que es más discreto obedecer.

(*Retírase el segundo coro, y el primero se coloca en el fondo de la escena. En el mismo instante aparece Beatriz y se lanza á los brazos de D. Manuel.*)

ESCENA III

BEATRIZ, DON MANUEL

BEATRIZ.—¡Eres tú! Por fin vuelvo á verte. ¡Cruel! ¡Cuanto tiempo me has dejado languidecer, entregada al temor y á la angustia! Pero no hablemos más de ello. ¡Te veo otra vez! En tus brazos queridos está mi asilo, mi protección, contra todos los peligros. Ven; están lejos; podemos huir. ¡Ven! no perdamos un instante. (*Quiere llevarle consigo, y añade contemplándole atentamente.*) ¿Pero qué tienes? ¿Por qué esta expresión fría y solemne? ¡Te arrancas de mis brazos, como si quisieses alejarte de mí! No te reconozco. ¿Eres el mismo Manuel, mi esposo, el amado de mi corazón?

D. MANUEL.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—¡No, no hables! No es tiempo de discutir. ¡Partamos pronto! Ven; los momentos son preciosos.

D. MANUEL.—Espera. Respóndeme.

BEATRIZ.—¡Partamos! partamos antes que vuelvan esos hombres.

D. MANUEL.—Espera: ningún daño pueden hacernos.

BEATRIZ.—¡Oh! ¡no les conoces! Ven: huyamos.

D. MANUEL.—Si mi brazo te defiende, ¿qué puedes temer?

BEATRIZ.—¡Oh! ¡créeme! nos cercan enemigos poderosos.

D. MANUEL.—Ninguno, amada mía, es más poderoso que yo.

BEATRIZ.—¡Tú, solo, contra tantos!

D. MANUEL.—Yo solo. Esos hombres á quienes temes...

BEATRIZ.—No les conoces, no sabes á quién obedecen.

D. MANUEL.—Me obedecen á mí, yo soy su soberano.

BEATRIZ.—Tú eres... ¡Qué horror!

D. MANUEL.—Conóceme al fin, Beatriz. Yo no soy lo que parecía, un caballero pobre y desconocido, un amante que no pedía más que tu amor. Te oculté quien era, y mi origen y poder.

BEATRIZ.—¿No eres tú don Manuel? ¡Desdichada! ¿Quién eres?

D. MANUEL.—Don Manuel es mi nombre; pero estoy por encima de los que así se llaman en la ciudad. Yo soy don Manuel, príncipe de Mesina.

BEATRIZ.—¿Don Manuel, el hermano de don César?

D. MANUEL.—Sí, mi hermano es.

BEATRIZ.—¿Tu hermano?

D. MANUEL.—¿Te espanta? ¿conoces á don César? ¿Conoces á algún otro de mi raza?



BEATRIZ.—¿Eres don Manuel, separado de su hermano por odio irreconciliable y perpetua lucha?

D. MANUEL.—Estamos reconciliados. Desde hoy somos hermanos, no tan sólo por el nacimiento, sino también por el corazón.

BEATRIZ.—¿Reconciliados desde hoy?

D. MANUEL.—¡Habla! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué esta emoción? Tú no podías conocer á mi familia más que por el nombre. ¿No poseo yo todos tus secretos? ¿Nada me has tenido oculto? ¿me lo has dicho todo?

BEATRIZ.—¿En qué piensas? ¿Qué tenía que confesarte?

D. MANUEL.—Nada me has dicho aún de tu madre. ¿Quién es? ¿La conocerías si te la describiese, ó te la mostrase?

BEATRIZ.—¡Tú la conoces, la conoces, y no me lo has dicho!

D. MANUEL.—¡Desdichado de mí y de ti, si es verdad que la conozco!

BEATRIZ.—¡Oh, su aspecto es suave como la luz del sol! La estoy viendo. Despiertan mis recuerdos.... su celeste figura parece surgir del fondo de mi alma. Veo los rizos de sus cabellos negros que sombrean el noble contorno de su cuello de marfil y el círculo de su frente inmaculada, y el brillo de sus grandes ojos límpidos. El conmovedor sonido de su voz despierta en mí...

D. MANUEL.—¡Desdichado! ¡es ella, es ella la que estás describiendo!

BEATRIZ.—Y de ella quiero huir. ¡He de abandonarla la mañana misma del día que debía reunirme á ella para siempre! ¡Por ti sacrifico hasta á mi madre!

D. MANUEL.—La princesa de Mesina será tu madre. Voy á llevarte á su presencia. Ella te espera.

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿tu madre es la de don César? ¿Quieres llevarme á ella? ¡Oh! ¡jamás, jamás!